

Educación superior y disputas por lo público: el lugar de la participación estudiantil en el fortalecimiento de la educación pública en Colombia y América Latina contemporáneas

*Pablo Vommaro**

Introducción

En las últimas décadas, los conflictos en torno a la educación han ocupado un lugar creciente en las movilizaciones y debates políticos de distintos países latinoamericanos. En este marco, Colombia se ha destacado, junto a otros países como Chile, Argentina y México, por la magnitud y persistencia de sus conflictos educativos, especialmente enfocados en la educación superior.

Financiamiento, cobertura, calidad y gratuidad han sido algunos de los más destacados puntos en disputa en torno a los cuales se organizaron las principales movilizaciones. Y han sido los estudiantes, organizados de diversas formas en colectivos, organizaciones, grupalidades y movidas los principales protagonistas de los conflictos que se desplegaron en acciones callejeras, ocupaciones de edificios públicos y acciones colectivas de diverso tipo.

A partir de estos análisis, en este artículo abordamos los principales retos, problemáticas y perspectivas de la educación superior en Colombia y en América Latina, enfocados desde las dinámicas de participación estudiantil y las disputas por la educación concebida como bien público. En efecto, asumimos la

* Posdoctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud del Cinde y la Universidad de Manizales. Co-coordinador del Grupo de Trabajo de Clasco sobre "Juventud y prácticas políticas en América Latina". Correo electrónico: pvommaro@gmail.com.

educación como un bien público alrededor del cual se han producido diversas disputas en las últimas décadas y entendemos la participación estudiantil como inherente a su concepción democrática e inclusiva.

El artículo propone una síntesis de investigaciones de carácter cualitativo realizadas por el autor en los últimos cinco años que se basaron en entrevistas, análisis de documentos producidos por las organizaciones estudiantiles, artículos de prensa y bibliografía acerca de los temas estudiados.

En las primeras décadas del siglo XXI se han producido en diversas regiones del mundo (África del Norte, América Latina, Europa, América del Norte), procesos de movilización social que tienen a los jóvenes como sus principales protagonistas. Los movimientos de carácter más sociopolítico como los de la denominada “primavera árabe” que contribuyeron a la caída de distintos gobiernos en África del Norte, los múltiples colectivos que se agrupan bajo la denominación de “indignados” en Europa (sobre todo en España) y América del Norte, y las organizaciones estudiantiles que luchan por la democratización y la mejora de la calidad de una educación mercantilizada y degradada en América Latina (Chile, Colombia, México), América del Norte y algunos países de Europa, han sido las más visibles en este aspecto, pero no son las únicas.

Existen también colectivos de indígenas, de trabajadores, de minorías sexuales, de migrantes, de campesinos, centros culturales, entre muchos otros, que son activos protagonistas de los conflictos y movilizaciones en sus territorios de acción específicos. Los jóvenes de los sectores populares y las periferias de muchas grandes ciudades también han construido colectivos y asociaciones que expresan sus formas singulares de participación y compromiso con lo público y con la transformación de la realidad en la que viven. En muchas de estas organizaciones, las disputas territoriales constituyen su principal modalidad de acción (Vommaro, 2013 y 2014).

La capacidad organizativa y el renovado interés de muchos jóvenes de la región en la participación política y el compromiso con las cuestiones públicas configuran lo que Rodríguez denomina “nuevos movimientos juveniles latinoamericanos” con características más propositivas que reactivas (Rodríguez, 2012).

Siguiendo a este autor, esta nueva oleada de movimientos juveniles se presenta al menos de dos maneras. Por un lado, los colectivos que buscan formas de participación alternativas a los canales clásicos e instituyen otro tipo de prácticas expresadas a través de otros espacios que se alejan relativamente de las vías institucionales conocidas de la política e ingresan en la vida cotidiana son movimientos que construyen desde la autonomía y formas de organización que discuten las jerarquías y verticalismo, y que no se sienten interpelados por el sistema político y los instrumentos de la democracia representativa (sobre todo la delegación a través del sufragio).

Por otro lado, existen organizaciones que se constituyen desde o en diálogo fluido con el estado y que encuentran en las políticas públicas de ciertos gobiernos latinoamericanos (que denominan progresistas o populares) espacios fértiles de acción y desarrollo de sus propuestas. Son grupos que en algunos casos están vinculados a juventudes partidarias y que en todos los casos se presentan como base de apoyo de los gobiernos en cuyas políticas o instituciones participan.

En algunos países conviven ambos tipos de movimientos juveniles y en otros alguna de las dos modalidades prevalece sobre la otra. De todos modos, más allá de estas singularidades, es una realidad cada vez más evidente que las diversas grupalidades juveniles se constituyeron en un sujeto fundamental para comprender las dinámicas sociales, políticas y culturales en América Latina y han superado los límites sectoriales o generacionales para convertirse en expresión de conflictos más generales.

La persistencia de las movilizaciones estudiantiles

Al analizar la dinámica del conflicto social y político en la América Latina de los últimos años, el protagonismo juvenil aparece como un elemento que no solo puede describir procesos y grupos movilizados, sino que contribuye a interpretarlos y comprenderlos considerando la dimensión generacional como uno de los rasgos que los caracteriza.

Dentro de estos procesos de movilización y organización considerados desde su dimensión juvenil, los colectivos estudiantiles han ocupado un lugar destacado.

Este hecho produjo un regreso de los estudios acerca de los movimientos estudiantiles secundario y universitario, que eran considerados fenómenos del pasado y habían perdido importancia frente a formas supuestamente novedosas de expresión juvenil ligadas a lo cultural, lo estético, experiencias territoriales o políticas alternativas.

En efecto, la vida en la universidad y la constitución del movimiento estudiantil han sido puntos de partida obligados para los estudios sobre jóvenes, juventudes y sus relaciones con la política. En América Latina esto cobró una significación especial a partir del movimiento conocido como Reforma Universitaria, iniciado en Córdoba (Argentina) en 1918. La Reforma se extendió rápidamente a otras regiones de la Argentina y a otros países de América Latina,

teniendo efectos políticos que excedieron ampliamente al movimiento estudiantil en países como Perú, Chile, México y Cuba (Tünnermann, 2008)¹.

En los movilizadados años sesenta y setenta del siglo XX, hablar de juventudes y políticas era hablar de movimiento estudiantil, sobre todo universitario. Más aún, las obras académicas y los discursos públicos producidos en ese momento en general no refieren al sujeto juvenil como un actor social de relevancia. Más bien los jóvenes aparecen solapados detrás de otras filiaciones que se consideraban más importantes y explicativas, como la clase social o la condición de estudiante. También se vislumbran tras algunas producciones o discursos culturales como el *rock*, movimientos como los *hippies*, ciertas vanguardias artísticas; o asociados a la militancia política, en general partidaria, y también dentro de los grupos armados o guerrillas. Si bien estos espacios estaban mayoritariamente conformados por jóvenes, lo juvenil no es problematizado como tal y la identificación estudiantil prevalece (Bonvillani, Palermo, Vázquez y Vommaro, 2008).

No obstante, en los últimos años los trabajos sobre el movimiento estudiantil actual han sido poco frecuentes²; como si lo que sucediera en la universidad no fuera central para comprender las realidades de las prácticas y producciones políticas juveniles en la actualidad.

Como dijimos, esto se ha ido transformando y hoy encontramos muchas y buenas investigaciones sobre los movimientos estudiantiles secundarios y universitarios en la Argentina y en América Latina³.

1 Es en esta época cuando se producen los primeros textos que abordan la juventud en tanto sujeto social y político desde la noción de generación, que será retomada en los últimos años. Para ampliar esto ver, por ejemplo, a Mannheim (1993 [1928]) y Ortega y Gasset (1996 [1928]). También en la década de 1920 se producen textos de autores como José Carlos Mariátegui (en Perú) y Julio Antonio Mella (Cuba), ambos influidos por el movimiento reformista de 1918.

2 Al menos para el caso argentino, si existen trabajos acerca de la dinámica del movimiento estudiantil tanto universitario (cfr. trabajos de Pablo Bonavena, Mariano Millán, Juan Califa, Ana M. Barletta y otros), como secundario (cfr. trabajos de Valeria Manzano) en la historia, centrados sobre todo en los años sesenta y setenta del siglo XX. Para el caso colombiano, destacamos el trabajo de Cubides, Galindo y Acosta (2011) como uno de los que inició esta reapertura de este campo.

3 Entre muchos otros trabajos interesantes sobre el movimiento estudiantil en la actualidad, podemos destacar los de Galindo y Acosta (2011), sobre movimiento universitario en Colombia; Óscar Aguilera (2011, 2012 y 2016) y Raúl Zazuri (2011), sobre movilizaciones secundarias y universitarias en Chile; Núñez (2011), Enrique (2010), Larrondo (2012), Carli (2012) y Fernández Plastino (2010), para el caso argentino.

Un recorrido panorámico por las principales experiencias de politización⁴ estudiantil que se despliegan en América Latina en la actualidad nos muestra que se trata de organizaciones que producen movilizaciones que expresan posibilidades políticas de establecimiento de relaciones intergeneracionales, a la vez que tienden puentes entre las movilizaciones de los jóvenes y las de otros movimientos y expresiones sociales colectivas más o menos organizadas. Así, vemos cómo estas movilizaciones superan ampliamente los límites sectoriales (y aun los generacionales) para convertirse en procesos que dinamizan diversas luchas sociales más amplias y expresan impugnaciones al sistema dominante que exceden las cuestiones educativas.

Estas experiencias de politización y radicalización juveniles, que desbordan los reclamos sectoriales, pueden ser analizadas también desde los planteos de Badiou (2000), quien sostiene que no se puede “llamar movimiento a aquello que es una simple defensa de un interés”, “no hay movimiento si solo se trata de una reivindicación particular o interesada”. Y agrega que en un movimiento “siempre hay demandas, hay reivindicaciones, hay pedidos”, pero el movimiento es “mucho más que esos pedidos, que esas demandas” (Badiou, 2000, p. 27). En esta clave, un movimiento social se constituye como tal cuando es capaz de superar la dimensión sectorial y particular, y expresar aspiraciones políticas más generales, que interpelan lo común.

Coincidimos con Archila, quien, para la experiencia colombiana, señaló que la politización de lo social genera una creciente participación de los movimientos sociales en los procesos políticos y en las agendas públicas (Archila, 2008, p. 356).

Como veremos en las páginas que siguen, las organizaciones estudiantiles que lideran las movilizaciones en la América Latina actual pueden incluirse dentro de este último tipo de colectivos y pueden interpretarse como expresión visible y radical de las transformaciones que la región necesita.

Colombia: de la MANE a la paz

La Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) nació a mediados de 2011 con la convocatoria a un paro nacional estudiantil en rechazo a la política educativa llevada adelante por el Gobierno colombiano. El hecho que detonó el conflicto fue el intento de reforma de la denominada Ley 30, que rige la educación superior de Colombia desde 1992. Los cambios que se pretendían hacer en la legislación

4 Por politización entendemos el proceso por el cual las dimensiones personales, subjetivas y cotidianas de la vida individual y social devienen políticas, se vuelven parte del espacio público y de las cuestiones comunes. Es decir, un proceso en el que ciertas prácticas devienen políticas al expresar antagonismos sociales situados en una coyuntura socio-histórico-cultural singular (Vommaro, 2010 y 2014).

buscaban profundizar la privatización y mercantilización de la educación superior en ese país.

Pronto, la MANE logró organizar a la gran mayoría de los estudiantes universitarios de Colombia y frenó la reforma legislativa. Según palabras de algunos de sus miembros, desde ese gran paro estudiantil de 2011, la MANE “emprende un movimiento por construir un modelo alternativo de educación superior, donde el criterio no sea la capacidad de pago de los colombianos sino la universalidad, calidad y gratuidad en la educación superior” (MANE).

De esta manera, esta organización estudiantil se expandió por la mayoría de las universidades constituyendo mesas locales en las facultades, y estableció vínculos con organizaciones de profesores, trabajadores y otros sectores sociales. La gran masividad, la repercusión y el consenso social que lograron las movilizaciones de la MANE obligaron al Gobierno a retirar el proyecto de reforma de la Ley 30 del Parlamento y a reconocerlos como interlocutores válidos y legítimos, y a convocarlos al diálogo para trabajar en otra reforma educativa que considerase las propuestas estudiantiles. A raíz de las posiciones críticas frente al sistema político-partidario de Colombia que sostiene esta Mesa, participar de los debates convocados por el Gobierno produjo una gran discusión en la organización. La posición que prevaleció, no sin tensiones y contradicciones, fue la que aceptó participar de las interlocuciones desde una posición de diálogo directo, sin mediaciones.

Las líneas de trabajo que desplegó la MANE se orientaron en dos sentidos principales, que surgen tanto de una metodología pensada para lograr el éxito de los objetivos de mejora y desmercantilización de la Educación Superior que la organización se propone como para construir un consenso social amplio que fortalezca al movimiento y a la vez lo resguarde de la fuerte represión estatal y paraestatal que se vive en Colombia desde hace años.

En cuanto a la elaboración de una propuesta alternativa para la Educación Superior colombiana, el movimiento sostiene la necesidad de “construir una educación como un derecho fundamental y no como una mercancía” y de lograr “una Ley alternativa de Educación Superior que debe ser democrática y cualificada, además de concertada con todos los sectores democráticos del país” (MANE, 2012).

Estas posiciones fueron llevadas a la primera reunión de interlocución con el Gobierno colombiano que se realizó en mayo de 2012 y a la que concurrieron la ministra de Educación, María Fernanda Campo, y el viceministro de Educación Superior, Javier Botero. Por el lado de la MANE, participó la Comisión de Voceros Nacionales, que recibió mandato del plenario de la Mesa que se había realizado en diciembre de 2011. Es importante señalar que las modalidades con las que se organiza este movimiento están vinculadas al ejercicio de la demo-

cracia directa (basada en la participación por sobre la delegación, siendo las asambleas los espacios de decisión más importantes), y a la discusión de las jerarquías y verticalismos (con delegados o voceros rotativos, que se presentan como portavoces y no como dirigentes). Asimismo, las movilizaciones se basan en la acción directa e incluyen una dimensión artística y estética que muchas veces configura las prácticas que se despliegan en los espacios públicos que se apropian o se producen colectivamente.

Según la propia MANE, la metodología con la cual viene trabajando en la elaboración de una nueva ley de Educación Superior, alternativa tanto a la Ley 30 vigente, como a la reforma que pretendía imponer el Gobierno, se propone como democrática y participativa. Destacamos aquí dos rasgos de esta metodología de trabajo. Por un lado, la propuesta de un diálogo directo y sin mediaciones con las instancias estatales que tengan poder de decisión. Esto replantea las prácticas de la política clásica basada en la representación y en la delegación de las negociaciones en mediadores entre el Estado y el movimiento. Por otra parte, la MANE convocó a diversos sectores sociales para que sean parte de las discusiones y las propuestas resultantes.

Así, la Mesa estableció lazos de articulación con otras organizaciones como la Federación Nacional de Profesores Universitarios (Fenalprou), la Asociación Sindical de Profesores Universitarios (ASPU), el Congreso de los Pueblos, la Minga de Resistencia Social y Comunitaria, la Marcha Patriótica, el Polo Democrático Alternativo, el Sindicato de Trabajadores de Universidades Nacionales (Sintraunal), el Sindicato de Trabajadores de las Universidades de Colombia (Sintraunicol), la Asociación Colombiana de Universidades (Ascún) y otros representantes estudiantiles de Instituciones de Educación Superior de Colombia (MANE, 2012).

Si repasamos las organizaciones mencionadas, encontramos tanto sindicatos como movimientos comunitarios, barriales y territoriales, además de agrupamientos políticos con orientaciones de izquierda. Este amplio espectro de grupos y sectores con los que la MANE tiene vínculos profundiza las repercusiones de sus acciones y propuestas, que exceden el ámbito educativo para constituirse en un polo de crítica integral más general al sistema dominante. Desde ya, este lugar de protagonismo social que fue ganando la MANE generó que la represión estatal cayera sobre muchos de sus miembros. La represión continúa y fue tal que incluyó la ocupación militar de la Universidad de Antioquia (Medellín), una de las principales universidades públicas de Colombia.

Los consensos logrados y la superación de las demandas sectoriales pueden verse en las principales propuestas que la MANE expresa de esta manera:

Construir una educación como derecho alejada del ánimo de lucro, con financiación estatal adecuada y que avance hacia la gratuidad, que sea respetuosa de la

autonomía universitaria, las libertades democráticas y los derechos humanos [...] cumplir las garantías políticas y académicas para el desarrollo de la movilización y la construcción programática desde el movimiento estudiantil, entre ellas la urgencia de sanear el déficit del sistema de universidades públicas así como el indispensable retiro de la fuerza pública de los campus universitarios [...] exigir que el gobierno nacional no lleve a cabo una reforma a la Educación Superior en Colombia hasta tanto no se hayan agotado los tiempos definidos en la metodología de la MANE y respaldados por los sectores con los que trabajamos. (MANE, 2012, párr. 3 y 4)

Asimismo, en su primer Programa Mínimo aprobado en agosto de 2011, la Mesa se pronuncia por “la solución política y dialogada al conflicto armado interno que vive el país” (MANE, 2012).

Además de recuperar experiencias y tradiciones nacionales, la MANE alude expresamente al caso chileno para sustentar su acción. Esto se produce en al menos dos sentidos. Por un lado, por las grandes similitudes que presentan Colombia y Chile en cuanto a sus políticas económicas, sus sistemas educativos, el seguimiento de los planes de organismos financieros internacionales y la OCDE, y sus relaciones con Estados Unidos, entre otros puntos. De hecho, el Gobierno colombiano reconoció que las reformas que impulsaba de la Ley 30 estaban inspiradas en el sistema universitario chileno, que ya había demostrado su agotamiento a escala nacional.

Por otro lado, porque la experiencia de las movilizaciones, que al menos desde 2006 protagonizan los estudiantes secundarios y universitarios de Chile, sirvió como motor de las luchas en Colombia. Estas relaciones se plasmaron, entre otras cosas, en encuentros que se realizaron a escala regional y continental en el que confluyeron estudiantes colombianos, chilenos y mexicanos, entre otros.

En marzo de 2013, las acciones de la MANE continuaban expresando una gran adhesión popular con propuestas que excedían las cuestiones sectoriales y se ocupaban del proceso de paz que se había iniciado en Colombia, por ejemplo. A la vez, discutían los fundamentos mercantiles y elitistas que sostienen las reformas que el Gobierno buscaba imponer. Condensando las propuestas acumuladas desde 2011, la consigna principal elaborada para encabezar las movilizaciones del 20 y 21 de marzo de 2013 expresó: “Porque gratuidad con calidad sí es posible”.

Una de las resonancias de esta experiencia de organización estudiantil fue la comprobación de que era posible organizarse, participar, apropiarse y resignificar los espacios públicos y disputar las calles con propuestas estéticas, comunicativas y expresivas que interpelaron a amplios sectores de la sociedad colombiana. En paralelo a las movilizaciones impulsadas desde la MANE se estaba gestando un acontecimiento que podría transformar la dinámica social,

política, cultural y económica de Colombia y sentar las bases para un procesamiento distinto del conflicto social, que no pase por la exterminación del otro y la negación de la posibilidad de libre expresión de las diferencias. En efecto, en junio de 2011 se sancionó la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (n.º 1448) que diversos autores reconocen como el inicio formal de las negociaciones que dieron lugar al proceso de paz (que comienza formalmente en agosto de 2012) y la firma de los Acuerdos de Paz en agosto de 2016.

Así, las movilizaciones estudiantiles no solo encararon los principales desafíos de la educación superior en Colombia y posibilitaron en muchos casos que el presupuesto educativo y la calidad de la educación universitaria se mantuvieran o mejoraran, sino que también abrieron un escenario en el cual se demostró que era posible expresar un conflicto social en forma pública y abierta sin que eso signifique un enfrentamiento armado de aniquilación de quien no piensa igual. A partir de lo dicho, sostenemos que el proceso de paz y la expresión posterior de conflictos sociales, como el denominado paro agrario, se alimentaron de los ecos del movimiento estudiantil que aquí estudiamos.

Chile: los pingüinos siguen marchando

Entre 2006 y 2012, se produjeron en Chile diversas movilizaciones protagonizadas por organizaciones estudiantiles secundarias y universitarias que tuvieron gran impacto social y político con efectos que excedieron las cuestiones sectoriales. Además de resignificar el espacio público con acciones callejeras y ocupaciones de escuelas (liceos y universidades), las movilizaciones estudiantiles conmocionaron el clima social y político de una sociedad que muchos autores caracterizaban como adormecida por el proceso de transición democrática, desmovilizada y apática, en la cual los jóvenes estaban descomprometidos y desinteresados por las cuestiones comunes (Aguilera, 2012).

Las movilizaciones estudiantiles comenzaron a mediados de 2006, encabezadas por los estudiantes secundarios —denominados *pingüinos* por su uniforme escolar— y tuvieron un nuevo pico en 2011 y 2012, esta vez motorizadas por los universitarios. En estos seis años, las movilizaciones —no exentas de fluctuaciones— se extendieron a otros sectores sociales como los trabajadores (sobre todo los precarios y subcontratados), asociaciones de usuarios, organizaciones vinculadas a las problemáticas de la vivienda (pobladores, deudores hipotecarios), grupos de minorías sexuales, agrupaciones ambientalistas y de defensa de los recursos naturales, y las ya movilizadas comunidades mapuche del sur del país. Esta confluencia de diversos grupos movilizadas concentrados en pocos años y con acciones callejeras visibles puede ser analizada como la constitución de un ciclo de protesta (Tarrow, 1997), que conmocionó muchas de las bases que la sociedad chilena parecía haber consensuado en la transición

democrática, abrió oportunidades políticas disruptivas y obligó a buscar soluciones alternativas.

Las principales motivaciones manifiestas de las movilizaciones estudiantiles de educación secundaria y universitaria en Chile estuvieron vinculadas al denominado fin del lucro en la educación (una crítica a la excesiva mercantilización educativa y a la visión de la educación como un negocio movido por la obtención de ganancia), a la reversión de la municipalización de las escuelas iniciada durante la dictadura de Pinochet, al aumento del presupuesto educativo, sobre todo para las universidades, a la democratización del gobierno de las universidades incorporando la representación estudiantil con voz y voto, y a la mejora de la calidad de la educación que reciben todos los sectores sociales. Sin embargo, como dijimos, y coincidiendo con Aguilera (2012), las movilizaciones estudiantiles excedieron ampliamente la dimensión educativa para convertirse en acontecimientos sociales, políticos y culturales que impactaron en la sociedad chilena en su conjunto y constituyeron “nuevos repertorios” de acción colectiva (Aguilera, 2012, p. 105)⁵ caracterizados por al menos tres elementos. En primer lugar, una “localización y singularidad” de los espacios de conflicto y sus objetivos que puede explicar la multiplicación del movimiento y la consolidación de la organización sin apelar a imágenes de fragmentación y atomización que a veces dificultan la comprensión. Un segundo aspecto consiste en la “diversificación e innovación situada de las estrategias de movilización” que se relaciona con las dimensiones expresivas y estéticas de las acciones expresadas tanto en las prácticas que pueden caracterizarse como carnavalescas o festivas, como en las formas singulares que adoptan las tomas de escuelas en tanto espacios públicos que se reconfiguran con la ocupación colectiva. Un tercer punto aparece en Aguilera (2012, p. 105), mencionado como “multirrelaciones en el origen del conflicto” y podemos vincularlo a las formas de relación entre la esfera estatal-institucional y el movimiento caracterizadas por una interlocución directa, con pocas o sin mediaciones, y en la cual muchas veces lo fundamental es más la construcción del diálogo con el Estado que el logro inmediato de los objetivos propuestos por los estudiantes.

Siguiendo al mismo autor, el “nuevo repertorio” así caracterizado constituye un movimiento “rizomático y molecular” capaz de diversificar espacios, multiplica conflictos e interpela a sujetos múltiples (Aguilera, 2012, p. 105). Si bien el objetivo inmediato del movimiento que surgió en 2006 era lograr la discusión de una nueva Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE)⁶, la

5 Aguilera toma la noción de “repertorio” de Tilly (1990).

6 La LOCE vigente en Chile en 2006 era la sancionada por Pinochet unos días antes de dejar el Gobierno. En 2009 esta ley fue reemplazada por la actual Ley General de Educación que no trajo cambios significativos respecto a la norma pinochetista y no recogió las principales demandas estudiantiles.

dinámica que cobraron las acciones desplegadas amplió rápidamente los horizontes iniciando un ciclo de movilizaciones aún abierto.

En cuanto a las modalidades organizativas, el movimiento estudiantil chileno produjo formas similares a las explicadas en el caso colombiano. Las diferentes organizaciones por liceos se nuclearon en la Asamblea Nacional de Estudiantes, órgano máximo de deliberación y toma de decisiones. En esta forma de democracia directa existían también *voceros* del movimiento que tenían carácter revocable y rotativo y que debían consultar con la Asamblea cada una de las decisiones referentes al conflicto y a los pasos en la negociación con el Gobierno. Esto último desconcertaba muchas veces a los negociadores estatales que se encontraban con la dificultad de identificar un interlocutor único y permanente, lo cual daba a veces una imagen caótica y desorganizada al movimiento.

Con el resurgimiento del movimiento estudiantil secundario en 2011, se creó la Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios (CONES), que agrupa a las principales organizaciones estudiantiles por liceos. En cuanto a los estudiantes universitarios, las movilizaciones estuvieron impulsadas por la Confederación de Estudiantes de Chile (Confech), que nació a comienzos de los dos mil y agrupa a los estudiantes de las principales universidades chilenas, organizados en federaciones por universidad, sean públicas o privadas.

Antes de pasar al caso mexicano, nos interesa destacar tres elementos que aparecen en distintos estudios sobre las movilizaciones estudiantiles chilenas (por ejemplo, Aguilera, 2011 y 2012; Grez Toso, 2012) y que pudimos comprobar en el relevamiento que realizamos. Por un lado, las múltiples relaciones entre los procesos de politización estudiantil y las dimensiones éticas de las movilizaciones, expresadas en las experiencias de las luchas por el medio ambiente, los recursos naturales, la educación pública para todos y la diversidad sexual, entre otros puntos. Por otro lado, el despliegue de la política en el espacio cotidiano, basada en relaciones de reciprocidad, cooperación, afecto y amistad. Es esta politización de lo cotidiano lo que permite la multiplicación y consolidación del movimiento. En tercer lugar, un proceso de “reencantamiento con lo público” (Aguilera, 2011, p. 23) que expresa otras formas de compromiso político que constituyen modos alternativos de construcción de lo común y reconfiguran lo público en clave comunitaria, no restringiéndolo solo a lo estatal.

México: 132 somos todos...

Cuando en mayo de 2012 Enrique Peña Nieto y un grupo de políticos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) rechazaron la protesta que un grupo de estudiantes de la Universidad Iberoamericana había realizado durante su visita a esa institución, acusándolos de no ser alumnos de la misma o de estar manipulados, seguramente no imaginaron que estarían ante el nacimiento del movimiento

que se conocería como #YoSoy132. En efecto, esta organización surgió a partir de la declaración de 131 estudiantes de la Universidad Iberoamericana (en la Ciudad de México) que filmaron un video mostrando sus credenciales universitarias para comprobar que no eran solo un puñado, que eran estudiantes que habían protagonizado una protesta genuina en plena campaña electoral previa a las elecciones presidenciales, y que no estaban manipulados. El video de los 131 estudiantes de la Ibero fue subido a YouTube y alcanzó decenas de miles de reproducciones en pocas horas. De esta manera, los estudiantes que buscaban solidarizarse con los 131 que habían sido acusados por protestar contra Peña Nieto, comenzaron a difundir la frase “yo soy el 132”. La gran expansión que tuvo este movimiento a través de las redes sociales, especialmente en Twitter, llevó a la adopción del símbolo que se usa para identificar las últimas tendencias allí como su emblema.

De esta manera, vemos como si bien #YoSoy132 es un movimiento compuesto en su mayor parte por estudiantes —y que surge como una iniciativa estudiantil—, no se propone como enfocado solo en las cuestiones educativas sino que busca cambios en temas más amplios como los medios de comunicación y el sistema político. Podemos decir que de los tres casos analizados es el movimiento que mayor amplitud social adquiere desde sus orígenes y que más rápidamente excede la dimensión estudiantil para expandirse a otros ámbitos.

Si bien México es un país en el cual el movimiento estudiantil tiene una gran tradición de luchas y movilizaciones⁷, #YoSoy132 aparece más como un movimiento ciudadano encabezado por estudiantes que como uno específicamente estudiantil. Los ocho principios generales que lo guían permiten dar cuenta de esto. Según sus propias declaraciones, #YoSoy132 se define como un movimiento: apartidista (sin vínculo orgánico con partidos políticos), pacifista (sus manifestaciones, protestas o acciones rechazan cualquier tipo de violencia como recurso para alcanzar sus objetivos⁸), incluyente y plural (busca la inclusión de todas las personas que coincidan con sus planteos, aunque sean miembros de otra organización, siempre respetando la diversidad y la autonomía), político y social (encaran acciones vinculadas con los asuntos políticos y públicos de México), autónomo y responsable (busca la autonomía a través de las comisiones y comités que integran #YoSoy132, respetando las decisiones que estas toman a través del diálogo, como parte de la expresión libre y democrática de cada una

7 Las experiencias que conforman la tradición del movimiento estudiantil universitario mexicano pueden remitirse, por ejemplo, a los acontecimientos de Tlatelolco en 1968 (una movilización estudiantil en México D.F., en un marco de luchas populares más amplias, que fue reprimida con un saldo de centenas de muertos) y, más recientemente, a las luchas de los estudiantes de la UNAM (y de otras universidades) en 1999 y 2000 contra las políticas neoliberales.

8 Esto los acerca a la experiencia colombiana, pero los distingue del caso chileno, ya que el movimiento estudiantil allí no rechaza la apelación a la violencia como forma de lucha.

de ellas), que respeta la libertad de expresión (busca la circulación horizontal y transparente de la información), comprometido en la construcción del país y la transformación de su sociedad (participando activamente a favor de la sociedad y de la vida pública), que rechaza la falsa democracia y las imposiciones (busca contrarrestar las acciones políticas que corrompen la democracia y la ciudadanía) (Yo Soy 132, 2012).

A partir de estos principios, #YoSoy132 se plantea articulaciones con distintos sectores organizados de la sociedad mexicana para “construir lazos de solidaridad y respeto con la ciudadanía a través de los cuales sea posible articular un plan de acción para la transformación” (Yo Soy 132, 2012). Esta impronta ciudadana, plural, diversa y amplia generó una forma de organización descentralizada y fuertemente reticular. En efecto, el movimiento está confirmado por diversos comités y nodos que funcionan con autonomía relativa entre sí. Existen las asambleas generales de #YoSoy132, pero la composición de los distintos comités es dinámica y flexible. Así mismo, los voceros del movimiento son rotativos y tienen solo el lugar de portavoces o referentes circunstanciales para los medios de comunicación.

Como dijimos, la problemática de los medios es fundamental para esta organización en varios sentidos. Por un lado, la búsqueda de la democratización de los *mass media* y la denuncia de las situaciones de concentración, censura y manipulación mediática son centrales desde el origen del movimiento. Por otro lado, la iniciativa originó el grupo #Yosoy132, herramienta que, inicialmente ocupada de las cuestiones de relaciones con los medios de comunicación masiva, se constituyó en uno de los nodos más importantes, visibles y activos. En tercer lugar, las redes sociales desempeñan un lugar de fundamental importancia en el movimiento, tanto en la visibilidad externa como en las comunicaciones e intercambios entre los integrantes de la organización.

Si bien los resultados de las elecciones presidenciales de julio de 2012 no expresaron a primera vista un triunfo de los planteos de #Yosoy132, su legitimidad social se mantiene y sus acciones continúan excediendo los espacios estudiantiles y generando amplios consensos y adhesiones, particularmente marcadas entre otras organizaciones juveniles que despliegan trabajos a nivel cultural, artístico, expresivo y territorial.

Palabras finales

En este artículo nos propusimos abordar los principales retos, problemáticas y perspectivas de la educación superior en Colombia y en América Latina, enfocados desde las dinámicas de participación estudiantiles y las disputas por la educación concebida como bien público. Si bien hicimos foco en el proceso de

Colombia, consideramos en el análisis realizado las dinámicas que se desplegaron en otros países como México y Chile.

La experiencia de la MANE tuvo resonancias que aún perduran en la dinámica del conflicto social colombiano y se expresaron en la apertura del proceso de paz en forma contemporánea al despliegue de las movilizaciones estudiantiles universitarias. Este protagonismo juvenil configuró modalidades generacionales de apropiación y producción de sentido acerca de la paz que posibilitaron que, cuando esta parecía amenazada por la derrota del sí en el plebiscito de 2016 o por las demoras de los gobiernos en implementar los acuerdos, surgieran movidas y movilizaciones (Aguilera, 2016) como “paz a la calle” y “paz en los territorios”. Se vencieron así algunas inercias dominantes de atemorización de quienes participan social o políticamente o de perpetuación del conflicto armado⁹.

Por otra parte, con sus singularidades, las tres experiencias que describimos tienen rasgos comunes que coinciden con algunas de las principales características de otras organizaciones juveniles y sus formas de participación política en la América Latina de las últimas décadas. Entre los principales destacamos:

- La construcción de vínculos con el estado basados en una interlocución directa, sin mediaciones. El diálogo entre los voceros de los movimientos y el Estado se plantea de manera directa, sin la intermediación de partidos políticos, sindicatos y también sin la designación de representantes permanentes. Esta relación distinta que se busca constituir expresa otra forma de entender y practicar la política en la cual las modalidades organizativas y la construcción de lazos sociales son tan importantes como el logro de objetivos inmediatos y la exhibición de logros absolutos. Asimismo, se plantea una relación simétrica, pero no especular, y se busca llevar al estado al terreno del movimiento más que adaptar a la organización a las modalidades de negociación impuestas por las instituciones existentes. Las formas de democracia directa —que estimulan la participación más que la delegación o representación— que los movimientos despliegan se vinculan con estos modos de vínculo.
- Estos movimientos se enmarcan en el proceso de paulatina ampliación de derechos y de creciente consideración y reconocimiento de las diversidades sociales que se produjo en América Latina en los últimos años y que involucró especialmente a los jóvenes, que muchas veces fueron los principales beneficiarios de estos nuevos derechos, y también los principales

9 Para ampliar acerca de los procesos y conflictos sociales que enmarcan los acuerdos de paz y su vínculo con las dimensiones educativas, consultar, entre otros, el libro *Educación popular y pedagogías críticas en América Latina y el Caribe: corrientes emancipatorias para la educación pública del siglo XXI* (Buenos Aires: Clacso, noviembre de 2018).

luchadores para lograrlos. La denominada tercera generación de derechos humanos se profundizó y amplió en la región incorporando derechos de diversas minorías (étnicas y sexuales entre las principales) e introduciendo nociones como “buen vivir”, soberanía alimentaria y los derechos de la tierra en materia de extractivismo y explotación de los recursos naturales. Así, tanto las cuestiones vinculadas a grandes colectivos sociales excluidos durante años, como las relacionadas con el medio ambiente y la tierra, se convirtieron en objeto de derecho y políticas públicas. La nueva agenda de derechos que se conformó en la región se nutrió también de las recientes discusiones acerca del derecho a la educación, especialmente en lo referido a la educación superior. Así, las movilizaciones de estudiantes secundarios y universitarios en los países seleccionados (y en menor medida en Brasil y Argentina) pusieron en evidencia las crecientes limitaciones y los urgentes cambios que requieren los sistemas educativos en América Latina. Esta situación se torna aún más significativa si coincidimos con Tapia en que:

El derecho a estudiar ha generado y genera capacidades que producen, históricamente, una ampliación de los derechos por la vía del desarrollo de conocimientos y de capacidades, que permiten ir modificando formas más estrechas de pensar los derechos de la igualdad, también capacidades para pensar las instituciones necesarias, las políticas y los modos de generar los recursos y producir los bienes públicos. (Tapia, 2012, p. 96)

Entonces, ampliación de derechos empujada por los movimientos, asunción de las diversidades como constitutivas de las juventudes contemporáneas y una política que se torna también ética conforman una trama que configura muchos de los rasgos de las organizaciones que estudiamos.

- Las formas de expresión pública de las movilizaciones sociales en América Latina experimentaron diversas transformaciones desde mediados de la década del noventa. Entre los jóvenes estos cambios se expresaron en el crecimiento de otros modos de escenificar la presencia colectiva en el espacio público, sobre todo a través de la acción directa (expresada, por ejemplo, en la toma de un liceo o una universidad, y también en los *escra-ches* a políticos o instituciones). Estas formas de acción directa están ligadas a las modalidades de democracia directa que caracterizan la disposición interna de las organizaciones e instituyeron una forma política que hemos denominado en otros trabajos “política con el cuerpo” o “política de cuerpo presente” (Vommaro, 2010, 2011 y 2014). Entre otras cosas, esta modalidad fue una expresión del carácter indelegable que adquirió la política. Es decir, del cuestionamiento a la posibilidad de delegar la representación del propio cuerpo y la propia voz. Así, la acción directa y la política con el cuerpo se volvieron fundamentales, ya que no solo permitieron enunciar necesidades

o aspiraciones, sino que, a su vez, instituyeron formas de visibilidad social y de creación de valores y símbolos colectivos. Por eso, fue relevante la visibilización de los cuerpos y fundamentalmente, el proceso que podemos denominar “carnavalización de la protesta, la dramatización de los referentes identitarios, la imaginación para captar la atención de los medios de comunicación, trastoca las relaciones en el espacio público y señala la transformación en los modos de hacer política” (Reguillo, 2000, p. 148). Se constituye, entonces, una estética singular creada en torno a las acciones colectivas juveniles en la que lo político y lo artístico-cultural se encuentran inevitablemente articulados. A partir de lo dicho podemos pensar que las acciones directas que caracterizaron los movimientos juveniles que estudiamos implicaron también un proceso de apropiación, uso y producción del espacio público, instituyendo los espacios públicos no estatales —comunitarios— y expresando los desafíos a las formas establecidas que encarnaron estas organizaciones junto a otros sectores sociales.

- Las formas y tecnologías emergentes de la comunicación y la información —en particular las redes sociales— no son solo un canal fundamental de expresión y visibilidad de los movimientos, sino que constituyen un componente relevante para comprender la constitución y consolidación de estas organizaciones. Así, estas redes se convierten en un territorio de acción política similar a otros, en los que, por un lado, se produce una disputa por su control; y, por otro, se despliegan formas de comunicación interna y de acercamiento de nuevos miembros y adherentes.
- Un último punto que nos interesa señalar en este artículo se vincula con el reciente proceso por el cual la juventud se convierte en una causa pública que produce adhesiones y movilización política. Esta cuestión fue abordada por Vázquez (2012) y nos parece sumamente estimulante para estudiar los movimientos con los que aquí trabajamos. En muchas experiencias, esto se complementa con una apelación a lo juvenil que es utilizada para connotar novedad, es decir, como símbolo de una forma política que se reconoce como novedosa. De esta manera, muchos conflictos políticos aparecen expresados en clave de disputa generacional, contraponiendo a los jóvenes militantes con las estructuras políticas definidas como tradicionales, muchas veces identificadas con los partidos políticos o las instituciones estatales consagradas. Ser joven se convierte así en un valor político que simboliza una tensión —a veces opuesta o contradictoria— con las anteriores formas de hacer política (por ejemplo, la confrontación armada o el institucionalismo), que se consideran agotadas o impotentes en la coyuntura en la cual el movimiento despliega su acción (Vázquez y Vommaro, 2012).

Referencias

- Aguilera, O. (2016). *Movidas, movilizaciones y movimientos. Cultura política y políticas de las culturas juveniles en el Chile de hoy*. Santiago de Chile, Chile: RIL.
- Aguilera, O. (2012). Repertorios y ciclos de movilización juvenil en Chile (2000-2012). *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 17(57), 101-108.
- Aguilera, O. (2011). Acontecimiento y acción colectiva juvenil. El antes, durante y después de la rebelión de los estudiantes chilenos en el 2006. *Propuesta Educativa*, 1(35), 11-26.
- Archila, M. (2008). Los movimientos sociales (1958-2006). En J. F. Ocampo (Ed.), *Historia de las ideas políticas en Colombia* (pp. 176-345). Bogotá, Colombia: Taurus.
- Badiou, A. (2000). *Movimiento social y representación política*. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Estudios y Formación de la CTA.
- Bonvillani, A., Palermo, A., Vázquez, M. y Vommaro, P. (2008). Juventud y política en la Argentina (1968-2008). Hacia la construcción de un estado del arte. *Revista Argentina de Sociología*, (11), 44-73.
- Carli, S. (2012). *El estudiante universitario*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Enrique, I. (2010). Movilización estudiantil en la Ciudad de Buenos Aires: aportes para el análisis. *Boletín de Antropología y Educación*, (2), 5-10.
- Fernández, A. (2010). Movimiento estudiantil: de la política a lo político; de las organizaciones a la multitud. *Primeras Jornadas Debates Actuales de la Teoría Política Contemporánea*. Buenos Aires, Argentina.
- Grez Toso, S. (2012). Prefacio. Comunismo chileno e historiografía: un par de observaciones. En O. Ulianova, M. Loyola Tapia, y R. Álvarez Vallejos (Eds.), *El siglo de los comunistas chilenos 1912-2012* (pp. 13-21). Santiago de Chile, Chile: Ariadna Ediciones.
- Guleman, A., Cabaluz, F. y Salazar, M. (2018). *Educación popular y pedagogías críticas en América Latina y el Caribe: corrientes emancipatorias para la educación pública del Siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Larrondo, M. (2012). ¿Nuevos alumnos? La construcción de la identidad escolar en nuevos dispositivos de educación media. Un estudio de casos en contextos de pobreza de la Ciudad de Buenos Aires. *Revista Pensamiento Educativo*, 49(2), 18-31.
- Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE). (8 de mayo de 2012). *Avanza propuesta alternativa de la MANE*. [Mensaje en un blog]. Recuperado de

manecolombia.blogspot.com/2012/05/avanza-propuesta-alternativa-de-la-mane.html

- Núñez, P. (2011). La política en escena: cuerpos juveniles, mediaciones institucionales y sensaciones de justicia en la escuela secundaria argentina. *Contemporánea*, (2), 183-205.
- Ortega, J. y Gasset, J. (1996 [1928]). *Juventud, cuerpo. Meditaciones de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires 1916-1928*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá, Colombia: Norma.
- Rodríguez, E. (2012). *Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación*. Montevideo, Uruguay: Celaju, Unesco.
- Tapia, L. (2012). Universidad pública, posgrado y renovación del Conocimiento y las sociedades. En P. Gentili y F. Saforcada (Coord.), *Ciencias sociales, producción de conocimiento y formación de posgrado. Debates y perspectivas críticas* (pp. 95-106). Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento*. Madrid: Alianza.
- Tilly, C. (1990). Modelos y realidades de la acción colectiva popular. *Zona Abierta*, (54/55), 167-195.
- Tünnermann, C. (2008). *Noventa años de la Reforma Universitaria de Córdoba (1918-2008)*. Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Vázquez, M. (2012). La juventud como causa militante: algunas ideas sobre el activismo político durante el kirchnerismo. *Grassroot*, 1(2), 32-36.
- Vázquez, M. y Vommaro, P. (2012). La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora. En G. Pérez y A. Natalucci (Eds.), *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista* (pp. 149-174). Buenos Aires, Argentina: Trilce.
- Vommaro, P. (2010). *Política, territorio y comunidad: las organizaciones sociales urbanas en la zona sur del Gran Buenos Aires (1970-2000)* (Tesis doctoral). Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Vommaro, P. (2011). Las formas de participación política de los jóvenes en las organizaciones sociales urbanas: un acercamiento teórico-conceptual a las juventudes entendidas como generación. En R. Zarzuri (Comp.), *Jóvenes, participación y construcción de nuevas ciudadanías* (pp. 130-145). Santiago de Chile, Chile: CESC.

- Vommaro, P. (2013). Juventud y política. En AA. VV. *Diccionario internacional de derecho del trabajo y de la seguridad social*. Valencia, España: Tirant Lo Blanch y LTr.
- Vommaro, P. (2014). Las relaciones entre juventudes y políticas en la América Latina contemporánea: una aproximación desde los movimientos estudiantiles. *Sociedad*, 32, 127-144.
- Yo Soy 132. (2012). *Quiénes somos*. Recuperado de <http://www.yosoy132media.org/quienes-somos/>
- Zarzuri, R. (2011). *Jóvenes, participación y construcción de nuevas ciudadanías*. Santiago de Chile, Chile: CESC.